

## ASENTAMIENTOS RURALES EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL EN LA ALTA EDAD MEDIA

CHRIS WICKHAM

*Universidad de Birmingham*

Me gustaría en este artículo observar las pautas de desarrollo de los asentamientos rurales a partir del mundo tardo romano y durante la Alta Edad Media hasta los siglos VIII y IX. Me centraré en las provincias del Mediterráneo occidental, pero también trazaré paralelos y contrastes con el Mediterráneo oriental y el Norte de la Galia. Quisiera mostrar la forma característica en que los modelos altomedievales surgieron en estas provincias en toda su variedad y ofrecer algunas hipótesis sobre los protocolos de su desarrollo. Aún en 1980 un estudio de este tipo habría sido simplemente imposible para la época altomedieval —por esas fechas, la notable síntesis de Jean Chapelot y Robert Fossier, *Le village et la maison au moyen âge*, apenas si contenía alguna referencia al Mediterráneo altomedieval, en parte al menos por el poco trabajo aún realizado en este campo—. Otros estudios a menudo se contentaban con una esquemática contraposición entre un Imperio Romano de poblamiento disperso y una Edad Media de asentamientos de altura agrupados, con una línea divisoria cronológicamente muy vaga. El reciente trabajo arqueológico no obstante, permite actualmente el dibujo de un cuadro mucho más complejo. Hasta el momento podemos discernir, con distintos grados de nitidez se-

gún la región, una destacable variabilidad regional y microrregional en el altomedioevo en cuanto a las pautas de asentamiento y la densidad del mismo. No deberíamos sorprendernos de este hecho, ya que es, después de todo, cierto en cada periodo histórico, incluyendo, obviamente, el presente. Esta variabilidad nos impone, pues, una cautela si queremos exponer cualquier modelo de gran envergadura; el asentamiento rural está demasiado sujeto a diferencias microrregionales, en cuanto a la ecología, la geografía económica y las relaciones sociales como para poder imponer una sola explicación sobre sus cambios. Pero, como se ha dicho en alguna ocasión, es al menos una guía para esas diferencias, en las estructuras económicas y sociales, y como tal lo trataré aquí. Una advertencia final: me detengo en los siglos VIII/IX precisamente para evitar el proceso de *incastellamento*, el más importante cambio en el poblamiento de los siglos X/XI. Demasiado se ha escrito sobre este proceso, y muy poco acerca de desarrollos más tempranos y quiero eludir cualquier asunción teleológica que vea la construcción de un paisaje de *castella* (o *husūn*) como el final «natural» del desarrollo del poblamiento rural altomedieval. Aquí, el énfasis estará en los cambios de la inmediata post-romanidad. Son más fáciles de describir que de explicar, pero incluso la descripción puede ser útil.

Habiendo acentuado las diferencias regionales, debe destacarse igualmente que es cierto para el Imperio Romano Occidental un patrón dominante de asentamiento rural disperso, generalmente, en la mayoría de los lugares, con una jerarquía en el mismo que va desde las complejas *villae*, en lo más alto, hasta casas de campesinos aisladas, en la parte más baja. Esta pauta puede encontrarse en todas partes desde Inglaterra hasta África, y hay una notable homogeneidad a lo largo de todo Occidente en la arquitectura de las *villae* más ricas (diferencias también, pero los rasgos comunes son más sorprendentes), igual que la existente en la arquitectura y en el urbanismo de las ciudades romanas. Estos son indicadores de una sólida homogeneidad cultural que unía a las clases altas del imperio y de un sistema económico de extensos intercambios comerciales alimentado por un elaborado sistema fiscal que unía todo el mundo mediterráneo y también (probablemente de forma separada), todo el sistema fluvial del área del Loira-Rin-Támesis. Están a su vez en contacto con un paisaje rural, aparentemente dominante a lo largo de todo el imperio occidental, que estaba estructurado por la propiedad de la tierra más que por el poblamiento. Lo que quiero decir con esto es que todas nuestras fuentes

escritas usan, como indicadores geográficos para la actividad rural, nombres de fundos más que de pueblos, como ocurre con el *fundus Tuletianos* de las *Tablitas Albertini* de los márgenes del desierto Africano en la década del 490, una hacienda dividida en *loca* que no eran unidades de asentamiento, sino, aparentemente, grupos de olivares y huertos en *wādī/s* irrigados, donde, no es necesario decirlo, vivían los campesinos que los trabajaban. Los documentos catastrales del Alto Imperio, sobre todo la *Tabla de Veleia*, del siglo II, igualmente privilegian una división rural en *fundī*, que estaban posiblemente a su vez territorialmente fragmentados. Incluso aunque existieran importantes asentamientos rurales, es evidente que no estructuraban este paisaje. Esta división, naturalmente, presupone que los elementos centrales que estructuraban el paisaje eran las haciendas, o sea, las *villae* rurales de los arqueólogos.

Esta homogeneidad debe de ser matizada de manera inmediata teniendo en cuenta consideraciones arqueológicas y documentales. Existen, de hecho, en época tardorromana, numerosos ejemplos de aglomeraciones rurales (dejando de lado el dato de que muchas *villae* en sí mismas contenían una considerable cantidad de población). Si *Tuletianos* era algo como la tierra estudiada por Bruce Hitchner cerca de Kasserine, un poco más al Norte, los campesinos podrían haber vivido en una amplia variedad de tipos de asentamientos, desde *villae*, pasando por pequeños grupos de casas que Hitchner denomina pueblos, hasta casas aisladas: el modelo de hacienda, hay que decirlo, no necesariamente siempre ha impuesto por sí mismo un asentamiento disperso. En otros lugares las aglomeraciones podrían actuar como elementos estructuradores, como en Saint-Blaise, cerca de Marsella, en Provenza, un asentamiento de altura de los siglos V y VI, seguramente un núcleo político de algún tipo, situado en el centro de un paisaje de hábitat disperso: aquí, la jerarquía del poblamiento estaba efectivamente focalizada en un lugar concentrado en este centro. Hay algunos paralelos en el Languedoc del mismo periodo, y también unos cuantos en España y Norte de Italia también. Podríamos sugerir que Saint-Blaise era denominado *vicus* por sus habitantes entorno al año 500, tal vez incluso *castrum*, ya que estos dos términos aparecen en las fuentes escritas de la época para designar aglomeraciones no fortificadas y fortificadas respectivamente. Algunas veces los historiadores reclaman que los *vici* eran simplemente los lugares donde vivían los campesinos libres propietarios, es decir, que eran núcleos independientes de los territorios de *villa/fundus*,

estos últimos, por supuesto, por definición estaban ocupados por tenentes, no por campesinos propietarios. No creo que tengamos evidencias como para mantener esta teoría; bien podría ser que unos propietarios medianos o grandes vivieran en *vici* (como debieron hacer en Saint-Blaise, dada la actividad metalúrgica y la cerámica de importación documentada allí), y que los campesinos propietarios, a la inversa, contaban con sus propios *fundí* de reducido tamaño. Lo que está claro en cualquier caso, a partir de las fuentes arqueológicas y documentales, es que las aglomeraciones, si bien existían, eran minoritarias, y que las *villae* estaban en el centro de la mayor parte de las jerarquías del poblamiento rural, que estaban a su vez fundamentalmente dispersas a niveles inferiores. El diccionario geográfico de Jean-Gerard Gorges de las *villae* romanas en España podría ser reproducido casi para todas las provincias occidentales.

Debe también destacarse que este patrón de dispersión es característico sólo del occidente romano. En el Mediterráneo oriental es mucho menos común; allí los arqueólogos encuentran pueblos llamados en la documentación *komai* (después *choría*). Están bien documentados en el Sur de Turquía, Siria, Palestina y Egipto. Este último es un caso especial, ya que se trata de un paisaje irrigado que impone un tipo específico de asentamiento (y de hecho unas pocas *villae* aisladas pueden encontrarse en las escasas áreas de agricultura de secano de la región, como alrededor de Alejandría y Pelusium a ambos lados del Delta). En las otras regiones, dominadas por la agricultura de secano, las prospecciones muestran regularmente lo normal que eran los asentamientos concentrados, organizados de forma elaborada; a menudo, en efecto, pueblos de los siglos V y VI aún permanecen, con casas de campesinos elevándose a alturas de cinco metros o más (posiblemente los monumentos más impresionantes del mundo tardorromano, ya que se trata de monumentos de la mayoría campesina y no de las élites). Las casas aristocráticas se circunscriben en su mayor parte a las ciudades y a sus inmediatos suburbios, como Daphne, en las afueras de Antioquía; de nuevo existen, las *villae* rurales y otras granjas aisladas, pero son relativamente infrecuentes. Esta pauta es tanto romana como post-romana y está confirmada por la existencia de evidencias documentales de sólidas comunidades aldeanas en todos los periodos, y una casi completa ausencia en nuestras fuentes de cualquier sombra de aquella estructuración rural en haciendas tan común en Occidente.

No es mi intención aquí entrar en más detalles sobre el Oriente romano, pero merece la pena señalar algunas de las implicaciones de estas dos diferencias en los modelos pues se trata de una diferencia real. La primera es una advertencia frente al determinismo económico. Tanto Oriente como Occidente son prósperos en el siglo IV, incluso siendo sus patrones de asentamiento tan distintos. Ambos, el concentrado y el disperso, son calificados algunas veces por los historiadores como económicamente más «racionales», el primero porque permite una mayor especialización de la actividad artesanal y un mayor acceso a los mercados, el segundo porque tiene la ventaja de que los agricultores están más cerca de sus campos. Los dos argumentos son en parte válidos, pero únicamente se trata de caracterizaciones parciales (la población muy dispersa de Italia en el siglo IV tenía, por ejemplo, un amplio acceso a la cerámica africana), y no tienen valor explicativo —hipotéticamente podría ser que un *resultado* de la fuerte concentración de población en el siglo V en el NO de Siria fuera el desarrollo de la especialización artesanal, pero ciertamente no una *causa*—. Igualmente ocurre con otra posible explicación económica de esta diferencia, la que refleja la intensidad del control aristocrático sobre el campo. De acuerdo con este modelo, los patrones del sistema de poblamiento disperso, centrado en la *villa*/hacienda del Oeste, mostrarían un relativo dominio de grandes propietarios y grandes propiedades, mientras que las aldeas de Oriente conservarían la tendencia de campesinos propietarios independientes. Esta segunda diferencia entre Oriente y Occidente es de nuevo real, ya que, efectivamente, la propiedad era de mucha mayor escala en el Oeste, pero de nuevo la correlación es, no obstante, engañosa. En primer lugar, había grandes propietarios también en el Este, algunos de los cuales poseían aldeas enteras (concentradas). Además, más tarde, la aparición de asentamiento concentrado en Occidente, en los siglos X/XI, es por sí misma vista como un signo de control aristocrático, no de debilidad, un argumento completamente contrario al de la época tardorromana. De hecho, los aristócratas pueden, si son lo suficientemente fuertes, disminuir con facilidad tanto un poblamiento concentrado como disperso; por otra parte, la autonomía campesina puede expresarse también a través de los dos tipos. En periodos específicos, aspectos particulares de control o autonomía pueden tal vez favorecer uno u otro (el extremadamente territorializado control señorial del siglo XI, por ejemplo, a menudo favoreció de forma genuina las aglomeraciones, algo que ya he argumentado en alguna otra ocasión), pero esto es todo cuanto se puede decir.

Trataría en cambio de asociar esta diferencia Este-Oeste con dos variables distintas, una social y otra cultural. Es probable que no expliquen su origen, que retrocede en la historia romana, pero ayudan a caracterizarla y son relevantes para el mundo tardorromano. Todo indica que las comunidades de aldea eran en general más débiles en Occidente, independientemente del poder de la aristocracia o de su ausencia, de lo que lo eran en Oriente o lo serían posteriormente en el Oeste europeo en los asentamientos más concentrados de los siglos XI y XII. Las colectividades coherentes de aldea son ciertamente *posibles* en un hábitat disperso, pero son más fáciles, de hecho ineludibles, en uno concentrado. Y en una región como el Mediterráneo occidental en época romana, donde la identidad geográfica se derivaba normalmente de las haciendas más que de las aldeas la identidad de la comunidad podría sólo con dificultad ser separada de la dependencia común de un gran propietario; además, donde la propiedad estaba a su vez fragmentada (lo que era normal), esto sería difícil de conseguir. Incluso en la Alta Edad Media, las comunidades de aldea —que por entonces existían— en gran parte del Occidente eran todavía relativamente débiles, lo que explica la persistencia en muchos lugares de formas de asentamiento relativamente poco estructuradas.

La diferencia cultural está en el comportamiento de los aristócratas. Los orientales en general no deseaban dejar el ambiente urbano, y, por eso, no necesitaban lujosas fincas; los aristócratas occidentales, sí. No deberíamos argumentar que las ricas *villae* son la señal del abandono de las ciudades y del desmembramiento de la red comercial, como hizo Gorges (¿en tal caso de dónde provendrían, entonces, todos los artesanos de mosaicos?), sino la costrumbre de pasar los veranos en el campo, en un entorno tan espléndido —casi urbano— como uno pudiera permitirse. Está ampliamente atestiguado en todas nuestras fuentes occidentales, en fuerte contraste con las de Oriente. La centralidad rural de las *villae* en el Oeste fue un signo de *romanitas*, de los valores civiles aristocráticos del Imperio. Si los aristócratas fueron físicamente eliminados en la crisis del Imperio de Occidente, habrían caído también sus *villae* y las jerarquías en el poblamiento que dependían de ellas habrían tenido que cambiar. Pero también se da el caso de que si sus valores cambiaron, haciendo anticuado el literario y civil *otium* rural de Simmaco o Sidonio Apollinar, entonces *villae* y jerarquías de asentamiento cambiarían también. Volveré sobre este asunto más adelante.

El fin del Imperio de Occidente no produjo cambios de forma inmediata en el poblamiento rural en la mayoría de los lugares. Sí lo hizo en Inglaterra; pero las mayores transformaciones en el Norte de la Galia anteceden a las invasiones germánicas, y en el Mediterráneo tienen lugar, algunas veces, dos o más siglos después (de hecho, yo no veo que ninguna invasión altomedieval, por supuesto siempre obra de unas reducidas minorías, tenga un efecto significativo sobre los patrones de asentamiento, aunque no entraré en esta discusión). Una de las cosas que en particular no parece que se diese, es un cambio importante en el poblamiento a causa de la inseguridad. Los *castra* del mundo tardorromano eran, realmente, defensivos, pero todos, hasta donde sabemos, eran públicos (este es probablemente el caso de Saint-Blaise, como también el de importantes lugares fortificados españoles, como Monte Cildá y Puig Rom, o italianos, como Monte Barro, Invillino y Sant'Antonio di Pertti), y sólo aparecen en áreas restringidas. África es la zona del occidente tardorromano y post-romano con una mayor densidad de *castra*, e incluso aquí estos no significan un asentamiento, sino sólo un mecanismo de defensa. Así, parece, por ejemplo, que el asentamiento es tan importante fuera de la fortificación en Haidra, en el siglo VI, como dentro, y ambos están, en cualquier caso, en el área de la ciudad romana —los *castra* rurales en África son mucho más escasos—. Las defensas privadas son mucho menos comunes. Dos son mencionadas en poemas de la Galia de los siglos V y VI, donde los mayores propietarios construyeron muros alrededor de sus *villae*, y hay algunas en África con muros externos aparentemente defensivos. No hay ni en las fuentes escritas ni en las arqueológicas ningún otro indicio de residencias aristocráticas defendidas en la Galia tardorromana o durante la época merovingia. Es cierto que encontramos, en la Galia e Italia, haciendas cercadas —que los documentos italianos en los siglos VIII y IX llaman *curtes in clausura*—. Estas parecen ser en Italia los precedentes de las fortificaciones privadas del siglo XI, especialmente si las haciendas referidas están en la cima de una colina, como ocurre a menudo, por ejemplo, en la Toscana altomedieval. Pero estos cercados tempranos, donde han sido excavados (como en Camp de Larina, cerca de Lyon), tienden a ser simbólicos o agrícolas y no militares. Y el traslado hacia lo alto de los cerros, muy común en la Alta Edad Media mediterránea, no tiene por qué tener en sí mismo un carácter defensivo.

La diferencia real que el fin del Imperio causó en nuestra área de estudio hay que buscarla en la red fiscal, comercial y cultural que estaba en la base de la relativa homogeneidad de las estructuras de asentamiento imperiales. Cada región y microregión de ahora en adelante tendrá su propia historia y su marco de referencia dentro del cual los cambios en el poblamiento cobran sentido. En todos los lugares de los que tenemos datos suficientes, como el Lacio, Toscana, Provenza o la costa española de Málaga hasta Alicante, encontramos variables microrregionales en los cambios de niveles de población y tipos de asentamientos a partir de ese momento. En definitiva, la mejor forma de proceder es atendiendo a casos estudiados, que es lo que haré. A partir de ahí, generalizaré en vez de dar las pinceladas que hasta ahora he dado.

Sin embargo, antes de seguir con este tema, hay otros dos procesos que caracterizan los inicios de la Alta Edad Media en todo el Occidente y que necesitan ser reconocidos de forma explícita como fenómenos generales. El primero es el final de las *villae* rurales. Aparecen como algo general en el poblamiento rural del siglo IV, pero en el VIII ya habían casi desaparecido. La fecha de su ocaso es variable. En el Norte de la Galia parece que fue a finales del siglo IV; en torno al año 400 había pocas, excepto en ciertas zonas, como en los alrededores de Trier o París, y ya en el 500 estas también habían sido abandonadas. En el Sur de la Galia el periodo de acentuado declive parece ser, por contra, el siglo VI (es más claro en el área mejor estudiada, la Provenza); hay *villae* con ocupación en el siglo VII en varias partes de Aquitania y el valle del Ródano, pero son pocas y no sobreviven más tarde de este siglo. En Italia, la fecha parece ser a comienzos del siglo VI, con escasas *villae* después del año 600, salvo probablemente en Sicilia. En la Península Ibérica, el siglo VI parece ser también la fecha final de la mayoría de las *villae*, pero fue un proceso más lento que en ninguna otra parte: ya en el siglo V, antes que en Italia y en el Sur de la Galia, eran probablemente menos numerosas y, a la inversa, algunas como La Cocosca (Badajoz), Písoes (Beja), Torralba (Murcia), Diego Álvaro (Ávila), Vilauba (Gerona) y la misteriosa Pla de Nadal (Valencia), sobrevivieron —en el último caso citado fue construida— en el siglo VII, más tarde que en cualquier otro lugar. Obviamente, el final de las *villae* es lo suficientemente heterogéneo en el tiempo como para no obedecer a una sola causa. Debemos también señalar que su proceso de declive fue muy diferente en cada caso: algunas de ellas, en lugar de ser completamente

abandonadas (un fenómeno, por otra parte, común), fueron parcialmente ocupadas por estructuras más simples tras el ocaso de su monumental aspecto y, en otros casos —aunque quizás con frecuencia tras su disolución— se convirtieron en aldeas. A veces de nuevo cambiaron su funcionalidad antes de su decadencia final, transformándose en establecimientos eclesiásticos nucleados alrededor de una iglesia (algunos de estos continuaron más allá del 700 o revivieron después de un paréntesis), o también convirtiéndose en lugares especializados en actividades agrícolas como en Vilauba y en otras partes de Cataluña en los siglos V y VI, según ha demostrado en sus recientes síntesis Alexandra Chavarría. Estas diferencias son apropiadas para la diferenciación microrregional en el Oeste, lo que será un rasgo distintivo en adelante; pero las *villae* al final desaparecieron en todas partes, y este hecho necesita una explicación más amplia.

La explicación no puede ser simplemente el declive económico o la caída de la aristocracia: las fechas serían erróneas en tal caso. Argumentaría que la mejor señal de la desaparición de las *villae* es un cambio cultural: el continuo abandono por parte de los aristócratas de la identidad literaria civil referida anteriormente, y la constante absorción en las jerarquías militares que en lo sucesivo dominó el mundo secular. Los jefes militares romanos nunca fueron grandes lectores de Virgilio o usuarios de las *termas* e hipocaustos y sus sucesores germanos ciertamente tampoco; ni en el 700 lo eran los herederos de la aristocracia civil romana. Se debe reconocer que no ha sido descubierto aún por los arqueólogos el lugar ni el ambiente material en el que los aristócratas del 700 vivían en ninguno de los estados sucesores en el Oeste; pero no eran las *villae* del pasado y podría haber sido en los materialmente simples edificios que dominaban los sitios que han sido hallados —una cultura de exhibición arquitectónica secular ha desaparecido y no reaparecerá en varios siglos—.

Unido a esto, al menos superficialmente, está el desarrollo en Occidente del concepto de territorio aldeano. El modelo está más claro en la Italia lombarda y en la zona del Rin donde, con el surgimiento de una densa colección de documentos en el siglo VIII, podemos ver claramente un paisaje dividido en unidades denominadas por sus asentamientos (concentrados o dispersos) y sus centros, es decir, aldeas —en contraste con la Italia Bizantina, donde el patrón del *fundus* sobrevive—. En Gregorio de Tours también, en las décadas del 570 al 590, las *villae* se refieren a menudo tanto a «aldeas», asentamientos con diferentes propietarios en ellas,

como a haciendas particulares. La Galia, hay que decirlo, se movió de manera incierta de la red de haciendas a la de aldeas; en el siglo VII la cuenca de París y el área de Le Mans tienen un modelo geográfico definido por las *villae* más como haciendas que como aldeas, tal vez porque estas últimas eran en sí mismas una sola unidad hacendística, como sin duda lo eran en el políptico de Saint Germain des Prés de comienzos del siglo VII. Pero ese documento, si puede ser trazada alguna distinción, ve las «aldeas» con su sentido primario, y desde entonces Francia puede ser vista como un paisaje de territorios aldeanos. En España la fecha es menos clara, ya que hay muy pocos documentos visigodos y árabes; la *Formulae Wisigothicae* y la *Leges Wisigothorum* parecen concebir un paisaje de aldeas, para la cual la palabra más usual es simplemente *locus*, pero las tablas de Diego Álvaro, presumiblemente el registro de una sola hacienda del siglo XI, tiene tan pocos nombres de lugar que posiblemente todavía no se practicara la división en aldeas. En cualquier caso, en los siglos VIII y IX, las aldeas (ahora *villae* o *villae*) se extendían por todo el Norte de la Península Ibérica también. En adelante, las haciendas estarán en los territorios (normalmente de hecho en varios territorios), más que *definiendo* ellas mismas territorios. Este cambio está muy posiblemente unido, de alguna manera, a las invasiones germánicas, dada la tajante división entre la Italia lombarda y bizantina; esto no supone por sí mismo un cambio en el poblamiento y no incide exactamente en el declive de la *villa* como forma arquitectónica. La causa real de este desarrollo aún no está clara, pero nos impone una diferente forma de análisis para las siguientes centurias; la primacía de los territorios aldeanos, con límites cada vez más claros, marca un cambio social y facilita la lenta aparición de colectividades rurales locales geográficamente definidas.

Observemos ahora rápidamente algunas áreas específicas para desarrollar algunas de las diferentes posibilidades de la evolución de los asentamientos entre, digamos, el año 500 y el 800, después de que el Imperio se hubiera dividido definitivamente en estados regionales. Primero, el Lacio y Toscana en el centro de Italia. En ambas regiones, las *villae* parecen haberse extinguido fundamentalmente a mediados del siglo VI, pero hay considerables diferencias en lo que las reemplaza. En algunas partes del Lacio podemos ver una continuidad en una jerarquía de poblamiento disperso de mediano tamaño y casas aisladas, con el nivel de la *villa* simplemente arrasado, como se aprecia en el trabajo de John

Moreland sobre la zona alrededor de Farfa, que incluía la excavación de una construcción básicamente de madera, tal vez una hacienda a pequeña escala, en Casale S. Donato, datada a finales del siglo VII. Al final de la siguiente centuria, una arquitectura rural más elaborada vuelve al territorio de Roma en la forma de las *domusculatae* papales, dos de las cuales han sido excavadas: S. Cornelia y Mola di Monte Gelato, ambas con estructuras parecidas y un carácter similar en cuanto a la magnificencia arquitectónica. Estas construcciones muestran que el concepto de arquitectura rural elaborada, análogo al tipo de la *villa*, sigue presente en el Lacio, incluso aunque no puedan trazarse continuidades directas (Sta. Cornelia se ubica en un nuevo lugar; Mola se halla sobre una *villa* romana, pero parece haber una completa interrupción de la ocupación durante dos siglos), y aunque el estilo cultural en estos casos parece haber sido más sencillamente exportado desde la ciudad. En estas áreas del Lacio, la fuerte ruptura en el poblamiento no comienza hasta el siglo X, con el *incastellamento*. Debe, sin embargo, reconocerse que sólo unos pocos kilómetros al Norte de Mola, comenzamos a encontrar asentamientos de altura desde finales del siglo VIII, por ejemplo en Ponte Nepesino y Mazzano Romano: ambos serán futuras aldeas fortificadas (*castelli*). Si fueron fortificaciones o solo aglomeraciones antes del año 900 no está aún del todo claro, pero a veces, en Ponte Nepesino al menos, hay signos de un pequeño asentamiento concentrado. Este cambio en el foco de las jerarquías de poblamiento (que probablemente incluía casas dispersas también), era nuevo, pero coexistía con los restos cercanos de modelos antiguos.

La Toscana muestra variables similares. El trabajo de Marco Valenti en dos áreas del Chianti destaca por las considerables diferencias entre ambas. Alrededor de Castelnuovo di Berardenga, las *villae* desaparecen en el siglo VI y son reemplazadas por una caótica red de casas aisladas, muy simples, en las laderas de las colinas sin jerarquía alguna de poblamiento hasta que comiencen a cristalizar las aldeas en el siglo VIII (la fecha bien podría ser posterior, ya que el poblamiento estaba aún muy disperso y fragmentado en el siglo X cerca de esta zona). En Poggibonsi, por el contrario, a 30 km de distancia, una aldea bien articulada en la cima de un cerro fue fundada en torno al año 600 y posiblemente fuera el centro de un territorio bastante extenso. Y si uno se desplaza 70 km más al Norte, a la llanura de Lucca, los documentos del siglo VIII muestran una estructurada y dispersa jerarquía de haciendas y casas aisladas que bien

podría haberse parecido a la zona de Farfa en el siglo VII (desafortunadamente no se ha desarrollado ninguna excavación aquí para determinar su cultura material). Tres patrones de asentamiento diferentes sustituirán aquí el modelo de *villae* del mundo romano. Otros, de nuevo en Toscana, incluirían las probables haciendas aisladas en la cima de cerros en la costa, y el patrón de pequeñas aldeas claramente caracterizado, plausiblemente con orígenes romanos, del NO, en los Apeninos toscanos. Con la excepción del último, todos representan diversidades regionales que fueron nuevas en la Alta Edad Media.

Para un segundo grupo de claras y características diferencias microrregionales observemos la Provenza occidental y el Este del Languedoc, que forman una región a ambos lados de la desembocadura del Ródano que ha sido muy estudiada en los últimos años. Aquí, estas diferenciaciones comenzaron en el siglo V y continuaron después. En la Vauange, al Oeste de Nîmes, por ejemplo, una red de casas aisladas, centradas en aglomeraciones de tamaño medio en las laderas de cerros, parece haber continuado sin cambios entre el siglo V y el IX —aquí las *villae* estaban sólo en un nivel intermedio de la jerarquía—. En algún sitio estas aglomeraciones podrían ser bastante grandes, como en Lunel Viel, quince kilómetros más al Sur. Esta es una jerarquía de poblamiento que estaba efectivamente cambiando de las *villae* a modelos relativamente concentrados, aunque aquellas continuaran existiendo y fueran en algunos casos monumentales. En ciertos sitios, las aglomeraciones en el centro de redes locales eran asentamientos de altura, variando considerablemente en tamaño y elaboración, y de los cuales los más grandes eran probablemente *castra* con un cierto estatus público, como tal vez fuera el caso de Saint-Blaise en Provenza, ya mencionado. Pero no puede decirse que tales lugares —o aldeas en el llano, como Lunel— absorbieran siempre todo el poblamiento disperso de su tierra, que en la zona de Saint-Blaise era de hecho bastante estable, tanto como en la menos centralizada red de Vauange. Las microrregiones del Languedoc que han sido estudiadas eran todas diferentes, pero parecen mostrar una relativa estabilidad en todas partes antes de las transformaciones del *incastellamento*. Las análogas microrregiones de Provenza eran distintas en el mismo sentido, pero en ellas parece haber un mayor dinamismo en la mayor parte de las áreas de poblamiento con un número de asentamientos constantemente creciendo o decayendo y *villae* tratando de imponerse de diversas maneras. Sinteti-

zando, podría decirse que la zona de la desembocadura del Ródano muestra una lenta tendencia a la concentración del hábitat en las épocas tardorromana y altomedieval. Fue de una manera menos común que en Italia, pero como puede verse en el campo era, en efecto, muy abigarrado, lo que no debilitó por sí mismo a las *villae*, aun cuando las aldeas las reemplazaron algunas veces como centros de la jerarquía local del poblamiento. Las *villae* declinaron en el siglo VI, pero las aglomeraciones, grandes o pequeñas, ya habían aparecido —se debió a una dinámica distinta de la suerte que corrieron la propiedad o los valores que se consideraban aristocráticos—.

Me gustaría desarrollar este último punto saliendo por un momento del Mediterráneo. La cuenca de París es otra área de Francia que ha sido bien estudiada recientemente y permite generalizaciones más fácilmente, bajo mi punto de vista, que para el área de la costa mediterránea —es, además, una zona con una extensa e inusual documentación anterior al siglo VIII—. En ella las *villae* desaparecieron en el siglo V. Fueron sustituidas en todas partes, a partir del año 550 como muy tarde, por estructuras de poblamiento relativamente simples, siempre en madera (como también es usual en Italia, mientras que en el Mediterráneo francés y español se prefiere la piedra), consistente en unidades de habitación de edificios con un solo agujero para un poste, normalmente de una nave, flanqueada por *Grübenhäuser* en una simple cerca. En efecto, muy pocas eran más elaboradas. Todavía no está completamente claro el grado de concentración de los asentamientos, ya que la Ile de France es en general un área de excavaciones de urgencia a pequeña escala; pero es probable que las aldeas fueran pequeñas, consistentes en casas relativamente separadas. Este es un cambio bastante dramático en el tipo de poblamiento y también en la tecnología constructiva. Se podría sugerir, por ejemplo, el colapso del poder aristocrático como causa fundamental. Pero todavía no es posible. El sistema de intercambio local, visible en las pautas de la distribución de la cerámica, que es normalmente un síntoma de la salud de la aristocracia, sobrevive relativamente bien en la cuenca de París. Los documentos del siglo VII muestran una densa red de haciendas aristocráticas en toda la región. Esta es ciertamente una zona donde los cambios culturales son una explicación más verosímil que la crisis económica o política. Como insinué antes, no podemos estar seguros de si alguna hacienda altomedieval ha sido excavada en esta región y es factible que algunas *villae* documenta-

das en las fuentes escritas, puedan serlo más adelante arqueológica y arquitectónicamente (las construcciones rurales en piedra no han desaparecido, sobreviven en las iglesias); pero el balance de las evidencias está por el momento en contra de esto. Los bruscos cambios en el poblamiento no marcan inevitablemente cambios tajantes en la estructura social.

Finalmente, miremos a España. Aquí ha habido mucho trabajo reciente centrado en nuestro periodo de estudio con significativos estudios regionales de Sur a Norte (Antonio Gómez Becerra sobre la costa de Granada, Juan Carlos Castillo Armenteros para el área de Jaén, Sonia Gutiérrez Lloret y Paul Reynolds en la costa de Alicante-Murcia, Julio Escalona Monge para el NE de la Meseta, Margarita Fernández Mier en el SE de Asturias y un nutrido número de recientes excavaciones en Cataluña (pero en este caso hay menos síntesis). Aún no es fácil generalizar sobre los muy variados hallazgos de estos autores, quienes además analizan zonas de extrema diversidad ecológica. Debe notarse, sin embargo, que algunas tendencias pueden ser identificadas en más de un área. Una, la de encontrar poblamiento trasladándose hacia zonas altas, algunas veces desde los siglos V y VI, otras en el VIII y IX. Es algo muy extendido. Separada de esta tendencia está la aparición de asentamientos concentrados relativamente simples, a menudo en el siglo VII, como El Bovalar y Vilaclara en el Sur de Cataluña (no muy lejos de aquellos de la Galia mediterránea datados un poco antes) o El Castellón (Montefrío), en las afueras de Granada. Si estos últimos asentamientos pueden ser localizados ocupando un lugar en una jerarquía de poblamiento aún no lo podemos decir y sin duda deben de existir considerables diferencias a nivel regional. La costa de Alicante es un lugar donde de hecho toda jerarquía espacial parece haber desaparecido a final del siglo VIII y algo similar se ha sugerido para la zona de Lara en el NE de la Meseta. En cualquier caso, podríamos suponer que este allanamiento de las jerarquías de poblamiento era mucho menor en otras partes como alrededor de las ciudades supervivientes (toda la red urbana efectivamente se ha disuelto entre Alicante y Murcia; la situación debe haber sido muy diferente por ejemplo alrededor de Mérida), y en efecto, es posible que El Castellón, cuyas cerámicas son bastante elaboradas incluso en el siglo VIII (normalmente el punto más bajo en el desarrollo de la cerámica española), era parte de una bastante compleja jerarquía tal vez centrada en un espacio urbano.

Observemos uno de estos estudios, el de Antonio Gómez Becerra sobre la costa de Granada, de manera que podamos concretar el tipo de cambios ocurridos en la Alta Edad Media con un poco más de detalle. En esta área podríamos decir que el periodo romano se prolonga hasta el siglo VI, aunque Gómez identifica un periodo de declive económico para las ciudades de la comarca (Salobreña y Almuñécar) a partir del siglo V y, asociado a él, un brusco retraimiento de los asentamientos rurales alrededor de ellas. Une este hecho al debilitamiento de la red comercial de época tardorromana, en una involución que, en efecto —al menos desde finales del siglo VI—, puede verse en otros lugares de la costa mediterránea española, una región aparentemente más dependiente para su prosperidad de los intercambios marítimos que muchas otras del Mediterráneo occidental, incluyendo su cerámica fina y las ánforas. Sólo después de esto, después del año 600, fecha el desarrollo de una nueva red de asentamientos de altura que tiende a continuar hasta los siglos IX y X y que está fuera de una cada vez más (aunque nunca completamente) despoblada costa. El grupo más temprano de asentamientos de altura son en su mayoría no estrictamente lugares fortificados; estos no comienzan a aparecer hasta más o menos el año 900, la época de la primera *fitna*. El primer grupo parece centrarse en un régimen mixto agro-ganadero, con lazos tanto hacia las montañas como hacia la costa, que representa la lógica de una subsistencia más que de un intercambio económico y Gómez también los une con el debilitamiento del poder aristocrático sobre el campesinado. No está claro cuán compleja era la jerarquía de poblamiento en este momento, y podría ser, como dicho autor piensa, que sufrió el mismo grado de involución que Gutiérrez ha encontrado más allá de la costa (la cerámica ciertamente así parece indicarlo). Como alrededor de Alicante, una nueva red de poblamiento articulado y un sistema político son sólo visibles a partir del siglo X en adelante.

Todos los ejemplos que he citado son casos de estudio que sólo pueden asumirse como válidos para los territorios de los que se ocupan. Si tienen paralelos en otras áreas como se puede proponer para las costas de Granada y Alicante, deben establecerse empíricamente cada vez; no se podría suponer que, por ejemplo, la huerta de Valencia fuera exactamente similar sin ninguna evidencia. Existen paralelismos a través del Mediterráneo como el declive de las *villae* obviamente y también el incremento del uso de los asentamientos en las laderas y cimas de colinas, pero también hay fuertes

divergencias. La extrema involución tanto de las jerarquías en el poblamiento como de las producciones cerámicas especializadas que se puede encontrar en la costa del SE de España no tiene paralelos en ninguna parte del Occidente del Mediterráneo. Así, por ejemplo, la ruptura de los conocimientos técnicos cerámicos puede encontrarse en Cataluña y el abandono de las jerarquías de poblamiento en partes del Chianti, pero no ambas a la vez. La preferencia por aldeas articuladas en las cimas de los montes que aparecen en partes del Sur de Francia ya en los siglos V y VI, es algo particular de esa región, aunque hay algunos paralelos en otras partes. Estas diferencias ponen de manifiesto, sobre todo, que, después del siglo V, la unidad política y —más importante aún—, la económica del Mediterráneo se había roto y que cada región —cada microregión— procedió de acuerdo con sus formas propias y locales de cambio social, aun cuando tales modalidades locales tuvieran paralelos en otras regiones. Este es el dato esencial que caracteriza la Alta Edad Media en todas partes y no debe de olvidarse.

Dada esta divergencia, ¿se podría hacer alguna generalización que restara valor a estas diferencias o que pudiera ser utilizada para caracterizarlas? Ya hemos hablado sobre la desaparición de las *villae*: éste es uno de los procesos sobre los que, según creo, se puede generalizar con cautela. Otras generalizaciones se centran en el cambio de modelos. Fueron muy distintos de un lugar a otro y, por ello, se acentuaron las diferencias. La ruptura del sistema de relaciones comerciales en el Mediterráneo, por ejemplo, afecta a áreas distintas de manera diferente. Algunos lugares, como Roma y su territorio en el Lacio o la costa del SE de España o el actual Túnez eran muy dependientes del comercio mediterráneo en el año 400 y, por tanto, cabe esperar que sus asentamientos (tanto urbanos como rurales) calleran en los siguientes tres siglos en una decadencia muy considerable, mientras que el Languedoc y Toscana (y mucho más en áreas no mediterráneas como la llanura del Po, Aquitania o la Meseta española) eran mucho menos dependientes y debieron de reaccionar a esa ruptura de forma menos extrema. Pero incluso en este caso hay diferencias entre el Lacio, donde Roma mantiene una hegemonía regional incluso a pesar del dramático declive de la ciudad en su tamaño, contribuyendo a una relativa estabilidad en las estructuras de poblamiento en parte de la región, África, donde la jerarquía de poblamiento parece haber sobrevivido incluso a pesar de que el número de asentamientos decayera considerablemente y la

costa de España, en la que surge una red mucho más simple. El mismo proceso tiene efectos bastante diferentes en cada región.

¿Por qué ocurre así? Cada zona, por supuesto, tiene una diferente estructura social y una economía que reaccionaría de manera distinta al debilitamiento del comercio interregional. Estoy convencido también de que esto probablemente refleja una diversidad territorial en los destinos de las aristocracias. El área entorno a Roma parece que mantuvo una aristocracia territorial coherente a lo largo de la Edad Media, tanto secular como, por supuesto, eclesiástica, que, aunque a mucha menor escala que los imperantes y ricos senadores del Bajo Imperio Romano, eran muy acomodados a escala regional. Conocemos menos de la aristocracia africana en los siglos VI y VII (y casi nada de la del VIII), pero la supervivencia de un próspero nivel de casas urbanas en algunas ciudades al menos insinúa la continuidad en la propiedad de la tierra hasta la conquista árabe y puede que más allá. También pudiera ser que en la costa española la aristocracia estuviera en crisis como muy tarde tras la conquista visigoda de Cartagena en el año 623, o tal vez antes. En este caso, la involución del comercio internacional y de la propiedad se influyeron mutuamente y las estructuras económicas se volvieron, en efecto, muy simples, o lo que es lo mismo, estuvieron desde entonces dominadas por los campesinos. Esta involución no cambia de dirección hasta la *fitna*, alrededor del año 900 e incluso entonces sólo de forma incompleta.

Esto me lleva a una propuesta de generalización que creo válida. Sobre todo, se podría decir que la ausencia de una jerarquía articulada de poblamiento, centrada en ciudades y, en el nivel rural, en *villae* o en aglomeraciones sustanciales, era, en efecto —como ha propuesto Valenti—, un signo de debilidad de la jerarquía social. Si a esto se une la debilidad en el comercio y la especialización artesanal, la correlación es aún más fuerte. Esto me parece un argumento de más peso que cualquier otro basado en el desarrollo de asentamientos encaramados, de altura o ladera —o en el simple reemplazamiento de *villae* por aldeas como, en efecto, dije antes en el contexto tardorromano—. Si una *villa* es sustituida por una aldea, puede ser que un aristócrata haya sido suplantado por una comunidad campesina articulada e independiente, pero no es necesariamente así. Podría ser simplemente, por ejemplo, que los campesinos se hubieran vuelto dependientes de un propietario exterior que quería agrupar y controlar a sus

tenentes desde fuera. Si tanto *villae* como aldeas se desvanecen es porque ha existido un cambio social. No es fácil concretar este proceso. En realidad, un poblamiento tan disperso es generalmente difícil de rastrear, ya que suele dejar pocas y pobres huellas materiales, pero es significativo en los casos en que se puede hacer.

La naturaleza de las jerarquías de los asentamientos me parecen significativas, además, y creo que es algo que merece la pena seguir en el futuro. Más oscuro, por ser menos fácilmente identificable en arqueología, es el poder de las propias comunidades campesinas. Como he dicho en alguna otra parte, la fuerza de la colectividad campesina no se corresponde exactamente con un poblamiento concentrado y, a pesar de ello, la Alta Edad Media fue un mundo de territorios aldeanos, territorios en los que habían comunidades con muy diversos grados de coherencia. A través de la documentación escrita podemos encontrar grandes diferencias en esos niveles, con áreas mixtas agrícolas en el Norte de Europa (Norte de Francia, Rin e Inglaterra) y más ganaderas en el Sur (zonas montañosas de España e Italia), mostrando, en general, comunidades más fuertes que las de las regiones mediterráneas, de agricultura de secano, al menos hasta que el *incastellamento* creó físicamente grandes aglomeraciones en estas últimas que por sí mismas hubieran tenido que ser dirigidas colectivamente. Incluso en el Norte y Sur de Europa el crecimiento de las estructuras políticas locales, cuando se pasa de la Alta Edad Media al siglo XII, favoreció también el desarrollo de comunidades articuladas por campesinos que frecuentemente tenían una dimensión económica en aspectos en los que la cooperación era importante: los pastos, la rotación de cereales o la irrigación. Como he dicho, estos procesos no se corresponden con el modelo de asentamiento: los cambios en uno no son una segura guía de las transformaciones en el otro. Están, sin embargo, en una relación dialéctica: modificaciones de poblamiento y estructuras de cooperación económico-políticas ciertamente tienen una mutua relevancia e influencia. Presentan incluso diferentes significados como se ve en el hecho, por ejemplo, de que el proceso de *incastellamento* —y, supongo, de *enhisamiento* (de hisn)— tenga una importancia tan diferente de una región a otra y de una microrregión a otra, incluso a pesar de que el cambio de poblamiento fuese sustancialmente análogo. En la Alta Edad Media, generalmente, no tenemos suficiente densidad de conocimientos sobre las colectividades de aldea como para operar en esta dialéctica, pero en los siglos XII y XIII a

menudo sí. Uno de nuestros cometidos como historiadores y arqueólogos es conservar esta interrelación en nuestra mente e intentar aplicarla, incluso en la Alta Edad Media, en la que nuestras evidencias son aún escasas, y también en épocas posteriores, cuando el fuerte crecimiento de la documentación arqueológica nos proporciona de forma regular cada vez más trabajo que analizar.